

La extensión de la guerra en Indochina se lleva a cabo en una forma clásica. Cuando sucede un conflicto entre grandes potencias, según Maquiavelo, las pequeñas generalmente no tienen oportunidad de permanecer neutrales y nada ganan con serlo, pues su actitud conduce a la enemistad del vencedor, cualesquiera que sea, por cuanto si se toma partido, puede gozar de los beneficios del reparto.

Laos, Cambodia, Tailandia, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur están obligados y por separado, a asegurarse un aliado de refresco ofreciendo a cambio unas ventajas de que ordinario no podrían disponer.

El resultado de estas promesas está determinado por anticipado. Ha habido agotadoras investigaciones sobre el origen de la guerra en Indochina, pero estas interrogantes hasta ahora se mantienen sin respuesta:

¿Luchan los pueblos de los distintos países hasta la muerte porque se detestan mutuamente o se detestan mutuamente porque luchan tan furiosamente?

¿Han establecido los mismos beligerantes desde un principio objetivos ilimitados o fijado dichos objetivos en proporción al crecimiento de la violencia?

¿Es la pasión lo que produce el exceso técnico o el exceso técnico lo que fomenta la pasión?

En algunos de los países involucrados en esta guerra, el principio de ella se ha caracterizado por una explosión de fervor nacional.

El terrorismo y las atrocidades cometidas en esta guerra (que la propaganda ha exagerado, pero no ha inventado), lejos de deprimir la moral de los combatientes, ha despertado una especie de furia, alimentada por la tradición militar por un lado y la rebelión "pacifista" contra los horrores de la guerra por el otro.

Como el estéril proceso de lucha ha proseguido sin que se le vea un rápido fin, el entusiasmo ha decaído en algunos de estos países (obligando a uno de los Grandes combatientes a desarrollar un

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA INDOCHINA

mayor esfuerzo bélico), reprimido por el surgimiento repentino de pasiones ancestrales, quebrantando la unidad nacional en ellas.

Aunque ninguno de los bandos ha cedido, la resolución es seguida de terca persistencia y el entusiasmo ha dejado lugar a la aceptación desganada.

La propaganda y la ideología han ocupado el lugar del sentimiento legítimo.

En un principio y como por sistema, los combatientes se han muerto unos a otros sin odio ni desprecio. Han caído juntos, haciendo más terrible esta unión, la que no pudo ser conseguida en vida. Se dice que los odios abstractos que asuelan nuestro siglo son la obra de las masas urbanas, no de los soldados en combate. La necesidad es desesperadamente clara: es primordial mantener la unidad nacional y la voluntad de combatir. La derrota hay que presentarla como un cataclismo.

El fin en disputa escapa al concepto dado por las reglas y leyes de la diplomacia.

Ya no se trata de trasladar la frontera algunos kilómetros o anexionarse una provincia. Solamente quedan en pie los nobles —y nebulosos— principios, como el derecho a la autodeterminación de los pueblos o la "guerra para terminar la guerra".

Los países combatientes, o mejor dicho, sus Gobiernos, pretenden conocer la causa por que luchan, pero ninguno ha dicho en forma clara y precisa "para qué" están luchando.

La única y gran preocupación es destruir los santuarios enemigos, destrucción que consideramos punto menos que imposible de obtener debido a múltiples razones. Y si ello ocurriera y se diera fin a esta guerra ¿Cuáles serían los beneficios?

No se habla de rendición incondicional ni de mantener las antiguas fronteras. No es el espacio vital el que está en juego ni la exterminación de razas.

Es una lucha ideológica y como tal, llevará a un fin insospechado. Para la humanidad es una experiencia nueva la guerra ideológica llevada hasta las últimas consecuencias.

Se ha demostrado que los Estados indochinos no poseen ya los recursos indispensables para sostener una guerra total. Los "pacifistas" piensan que la guerra moderna no vale la pena, no es provechosa. No termina ya con vencedores y vencidos, sino con muerte y ruina por todas partes. El botín del triunfo no recompensa el esfuerzo del combate.

El único camino a la victoria es la evitación de la lucha. Otros han pensado que lo absurdo no es la guerra en sí, sino la guerra total. La prudencia aconseja, que hombres y riquezas a la hoguera, se debe establecer un límite.

La actual guerra en Indochina ha dejado de ser meramente asiática-francesa como la primera guerra de los años cincuenta, sino verdaderamente global en sus repercusiones políticas y diplomáticas.

La extensión e intensidad de la lucha han crecido sin límites. Las fases sucesivas de dicho crecimiento han ilustrado el incontralado dinamismo de la guerra moderna, con sus bombardeos estratégicos, guerra de guerrillas, preparación ideológica de los combatientes, los que están sometidos a esfuerzos jamás conocidos por los Ejércitos de todos los tiempos.

Ahora bien, una guerra de objetivos limitados entre Estados cuyas fronteras, no sus estructuras, serán alteradas, puede ser llevada a cabo totalmente por soldados.

Una guerra ideológica, cuyo fin podría ser el establecimiento de una soberanía externa sobre los Estados en conflicto, se convierte inevitablemente en una guerra entre poblaciones completas.

Pareciera que los dirigentes de la China continental estuvieran preocupados por el temor de un descongelamiento de las relaciones ruso-americanas. Si fueron aliados durante la Segunda Guerra Mundial, ¿por qué no podrían hacerlo otra vez si les conviene?

Para la URSS y a pesar de sus protestas diplomáticas, es ventajoso que su principal rival se mantenga ocupado y ahora más intensamente que antes, en Indochina. Ello le permite moverse con más libertad en Europa y en el Medio Oriente fijando a USA y a China continental en un conflicto que a ellos no les

interesa por no afectar a su área de influencias.

Ya antes mencionábamos que uno de los dos Grandes combatientes tiene en estos momentos la misión de destruir santuarios enemigos.

El por qué y el para qué está luchando en un territorio formado por países totalmente diferentes al suyo, ya sea en razas, idiomas, civilizaciones y hasta en geografía y distante miles de kilómetros de su propio territorio como para no temer una invasión física, no tienen respuesta.

Históricamente, siempre es posible que en determinada situación un régimen capitalista (entendiéndose por éste el de propiedad privada y mercado libre) intente la búsqueda de territorios exteriores en los que colocar los excedentes de su producción o en cuyo desarrollo invertir sus capitales.

No creemos que éste sea el caso.

Ninguno de los países indochinos está regularmente abastecido de todas las materias primas indispensables para la industria moderna. La seguridad del suministro ante la eventualidad de un bloqueo no está en poder de ellos sino del que detenta la supremacía en esos mares.

Es obvio que aquella potencia que domine políticamente en una región obtendría todos los beneficios económicos, si los hubiere.

Es un hecho innegable que cuando se produce esta dominación, algunos individuos emprendedores o sociedades financieras comienzan la explotación de estas regiones (importando o exportando productos); si bien esta explotación no es el objetivo principal de esta dominación, como queda demostrado, es desde luego, una de las ventajas que los gobernantes consideran inherentes a ella.

Para la gran industria y las finanzas del combatiente extra-continental, existen en efecto, empresas mucho más beneficiosas que la guerra de Indochina.

Por otro lado, igualmente contradictorio sería considerar al capitalismo occidental como dedicado piadosamente al mantenimiento de la paz.

Los marxistas-leninistas sostienen que las guerras de este siglo han tenido como móvil principal la repartición de la Tie-

rra. Creemos que es sumamente difícil confirmar la veracidad de esta teoría como de impugnarla.

La prueba de hechos semejantes debería dejarse exclusivamente a los que pretenden dar a los acontecimientos una significación profunda, incluso ignorada por los protagonistas de los mismos. El hecho de que el vencedor trate de aprovechar su victoria para adueñarse de las posesiones del vencido no introduce novedad alguna en la Historia.

Ni prueba tampoco que ninguno de los Estados indochinos, creyendo combatir por la gloria y la grandeza de su patria, lucha en realidad porque los "ismos", habiendo llegado a los límites extremos de la Tierra, necesitasen recurrir a las armas para extender su parte correspondiente en el planeta.

Los diversos países indochinos han sido desigualmente azotados por el desastre. Las consecuencias políticas y morales se han prolongado en Indochina, por ejemplo, a todo lo largo del período comprendido entre las dos guerras.

La guerra moderna opera una selección a la inversa: respeta a los viejos y a los inútiles, segando la vida de los hombres fuertes y jóvenes en la plenitud de la vida.

Si la guerra tuviera que ser considerada, según la teoría de algunos sociólogos, como una manera de eliminar excedentes de población, se tiene que reconocer que, desde este punto de vista, se revela como un instrumento excepcionalmente poco eficaz. Y se da el caso de que para eliminar a un combatiente jamás se había gastado tanto dinero.

En el aspecto económico, ¿hasta qué punto la guerra indochina ha dejado empobrecida a esa región de un modo duradero? ¿La destrucción bélica puede llegar a sobrepasar a la reconstrucción?

Las naciones siempre pagan de alguna manera los gastos de una guerra, considerando que las cuentas nacionales son extremadamente complejas y la economía industrial puede recuperar gastos en plazos que pueden considerarse relativamente breves.

El financiamiento de esta guerra no tiene nada de misterioso ni difícil de comprender.

Todos estos países han recibido y están recibiendo importantes créditos que no pueden ser reembolsados; alguien paga indirectamente una parte de estos créditos.

Es evidente que esos pueblos están, aceptando a la fuerza un nivel de vida más bajo, pagando otra importante parte de esa carga financiera.

Pero, cuidado, existe un punto límite en el que podría producirse una rebelión de la población civil al continuar su empobrecimiento sin tener posibilidades de restaurar sus ingresos.

Las pérdidas económicas en Indochina podrían ser tales que es probable, si la guerra termina en un futuro cercano, que pueda considerársela como eliminada de la gran política asiática.

Los combates han producido tales daños y en tan gran escala que por esta vez, parece que la capacidad destructiva ha superado a la de producción.

Quizás dentro de unos años, unos indochinos orgullosos con razón de su cultura, se verán obligados a vivir entre ruinas.

Si las consecuencias económicas de la guerra han sido graves para la Indochina—liquidación de las inversiones extranjeras, pérdida del comercio internacional, endeudamiento externo, retroceso en el ritmo por progreso técnico—mucho más grave es la posibilidad de proporcionar a los partidos revolucionarios la ocasión de vencer y darán origen a la disgregación de las mismas sociedades que, en apariencia, como ha ocurrido con la sudvietnamita, han escapado a una revolución propiamente dicha.

En estos países, creados por decisión diplomática, equivocadamente se implantó una democracia tipo occidental, en circunstancias y a pesar de que en varios siglos de tentativas en muchas naciones de Occidente aún no ha arraigado.

Las pequeñas naciones creadas por el Tratado de Génova pasaron en dieciséis años de una pseudo-democracia a una dictadura o pseudo-dictadura.

Las formas políticas no son nada si faltan los hombres que son capaces de infundirles vida.

Se ha invitado a los pueblos al heroísmo prometiéndoles, después de la gran prueba, satisfacer todos sus anhelos de una existencia mejor.

La guerra encierra a las sociedades burguesas en contradicciones casi insuperables. Estas sociedades son inseparables de una filosofía materialista, ya que pretenden para sus miembros niveles de vida tan altos como sea posible.

Justifican la desigualdad por una especie de escala proporcional entre los esfuerzos y las recompensas. En consecuencia, los éxitos económicos se respetan por representar una alta calidad de trabajo o de inteligencia.

Cuando suena el cañón esto se convierte en un absurdo.

La movilización altera las situaciones relativas de los ciudadanos provocando no pocas injusticias.

Si un jefe de familia es movilizado descendiendo algunos escalones en su nivel de vida, pues la retribución económica por servir a su patria es inferior a la que recibe en su actividad civil.

Pero parece que esta situación no ocurre en Indochina, ya que es evidente que la situación económica de los combatientes es notoriamente insuficiente y se cree que no sólo el jefe de familia es el que lucha sino que lo hace junto a su familia. Estas condiciones de combate exasperan a sus rivales. No es normal que un soldado profesional tenga que enfrentar a un civil medianamente entrenado sin seguridad de obtener la victoria.

El gran dilema en esta lucha es vencer o no perder.

